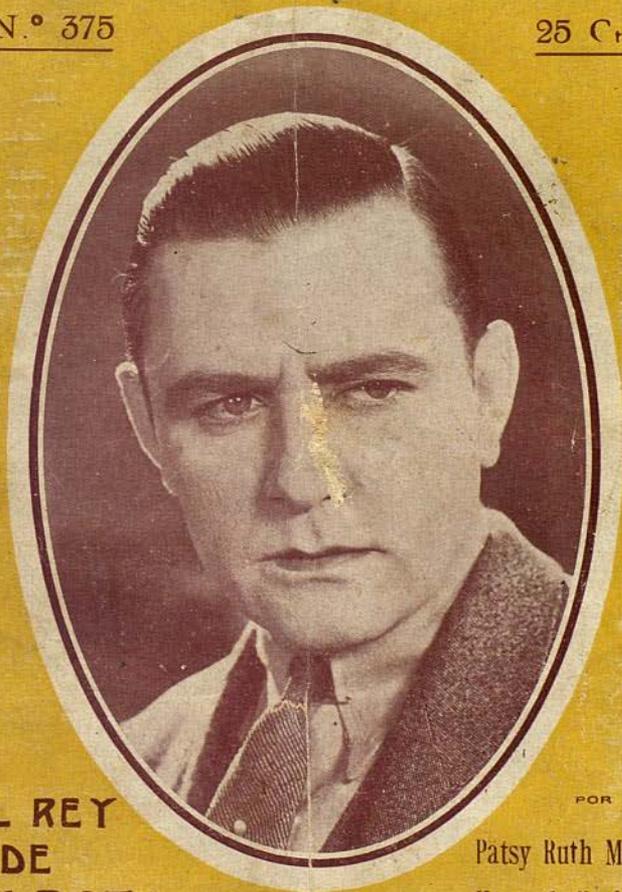


EB.

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

N.º 375

25 Cts.



EL REY  
DE  
LA PISTA

FOR  
Patsy Ruth Miller

Kenneth Harlan

Filmoteca  
de Catalunya

HOGAN, James P.

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**  
EDICIONES BISTAGNE

Redacción { PASAJE DE LA PAZ, 10 bis  
Administración { Teléfono 18551

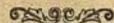
Año VII BARCELONA N.º 375

---

**EL REY DE LA PISTA**  
(THE KING OF THE TURF, 1926)

Comedia dramática, interpretada por

Patsy Ruth Miller, Kenneth Harlan,  
George Irving, etc.



EXCLUSIVA:

**L. GAUMONT**

PASEO DE GRACIA, 66  
BARCELONA

---

Con esta novela se regala la fotografía de  
DOROTHY REVIER

Ejmo. 29-4-29



## EL REY DE LA PISTA

### Argumento de la Película

Kentucky, en los Estados Unidos, tiene bellos paisajes, un clima suave... y unas carreras que son el orgullo de sus habitantes.

Contiguas a la pista se hallan las caballerizas, donde esperan la hora de la gloria los Reyes y las Reinas de la pista.

Sandy Marck, el mejor "jockey" de América, ostentaba los colores de las Cuadras Fairfax.

"Lady Luck" era el ejemplar más fino y más veloz de la casa Fairfax. Lo montaba Sandy Marck, quien le profesaba un gran cariño.

El honorable coronel Fairfax era presidente del Consejo de Administración del Banco de

---

---

Revisado  
por la censura gubernativa

---

---

Plantadores de la ciudad... pero era, ante todo y sobre todo, un entusiasta de los caballos.

Irene Fairfax, hija única del coronel, bella como una mañana de mayo, compartía con el caballeroso ex militar su afición a los "pur sang".

Iba a celebrarse una gran carrera, en la que tomarían parte los mejores ejemplares de las más renombradas cuabras.

Tomás Selby, el hijo del socio del coronel Fairfax y propietario del caballo "Imperio", rival de "Lady Luck", se acercó sonriente a Irene y le dijo:

—¿Todavía cree usted que su yegua ganará?

Ella correspondió a las sonrisas de Tomás y repuso:

—Pronto la verá usted dejar muy atrás a su caballo.

Tomás no lo creía...

—Yo le apuesto a usted un beso a que gana "Imperio". ¿Se acepta la apuesta? — añadió.

Irene meditó breves momentos y respondió al fin:

—Se acepta. Pero si gano yo, dejará usted de hacerme el amor... hasta que yo se lo permita.

—De acuerdo.

Y se dieron la mano en señal de conformidad.

Uno de los palcos fué ocupado por Martín Selby, el padre de Tomás, a quien el coronel tenía confiada la dirección activa del Banco de Plantadores.

Al lado del señor Selby se sentó Leticia, su segunda esposa, de cuyo pasado y de su presente corrían versiones muy distintas, pero ninguna satisfactoria para ella.

Iba a empezar la carrera.

De pronto un empleado del Banco se presentó ante el señor Selby y le dijo:

—Los inspectores del Banco acaban de llegar a la ciudad, señor.

El señor Selby palideció y no permaneció un momento más en el palco; debía acudir inmediatamente al Banco.

Su hijo Tomás ocupó su puesto en el palco... con agrado por parte de Leticia, a quien él trataba con marcada indiferencia.

La carrera estaba en su apogeo. Todos los espectadores la seguían con extraordinario interés; pero el más entusiasta de todos era, sin duda alguna, el coronel Fairfax, por ir a la cabeza de los corredores su fiel "jockey" en la rápida "Lady Luck".

Tomás se consideraba ya batido por el co-

ronel, pues su caballo "Imperio" no podría dar alcance en las postrimerías de la última vuelta a "Lady Luck"; y lo lamentaba tanto más cuanto que, además del premio, perdía el beso convenido con Irene.

Mas he aquí que, de súbito, en el momento en que la yegua del coronel Fairfax alcanzaba la meta, el bello animal cayó aparatosamente, despidiendo a distancia al "jockey", quedando uno y otro tendidos en la pista, mientras los demás corredores, con el "jockey" de Tomás adelante, terminaban la famosa competición.

El coronel, aterrado por la inesperada desgracia, dirigióse penosamente, bajo el peso de intensa amargura, hacia la enfermería, y se interesó vivamente por el "jockey", lo mismo que Irene, cuya emoción corría parejas con la del coronel.

El "jockey" dijo a Irene, viendo su aflicción:

—No se preocupe de mí, señorita... ¿Cómo está "Lady Luck"?

—Papá se está interesando ahora por ella.

En efecto, el coronel examinaba su más amado ejemplar de carreras.

¡Pobre animal!

—Tiene roto el tendón, coronel... Ha que-

dado nítido para las carreras — dijeron al ex militar.

Y casi vertió lágrimas el noble Fairfax ante la irreparable desgracia.

\*  
\*\*

La inesperada visita de los inspectores del Banco era para Martín Selby una contrariedad; más bien dicho, una amenaza.

Se hallaba en su despacho de la Dirección haciendo examen de conciencia.

Leyó la siguiente carta:

*Querido Selby:*

*La semana pasada tomé cinco mil dólares de la Caja y olvidé reponerlos. ¿Quiere usted hacer el favor de retirarlos de mi cuenta corriente y dejar saldada esa cuenta, para evitar malas interpretaciones?*

*Ricardo Fairfax.*

Con dicha carta iba un talón por los cinco mil dólares en cuestión.

Selby miró y remiró dicho talón, inspirado por una idea diabólica; y de pronto, olvidándose de la amistad que le unía al coronel y del menor asomo de dignidad, rectificó el talón de cinco mil dólares, anteponiendo un siete al cinco, quedando convertido en un talón de setenta y cinco mil dólares.

Cometida su mala acción, pulsó un timbre y apareció el empleado que le avisara la llegada de los inspectores.

—Diga a esos señores que pueden entrar — le ordenó.

Los inspectores aparecieron seguidamente, y díjoles el señor Selby:

—Señores, siento decir a ustedes que he descubierto la causa de los desfalcos de estos últimos tiempos.

—Hable usted, señor Selby... Este asunto nos tiene muy preocupados de un tiempo a esta parte...

—Vean ustedes mismos este talón...

Los inspectores fruncieron el ceño al leer en el falso talón la exorbitante cifra de setenta y cinco mil dólares.

—Entonces... ¿es el coronel Fairfax?

El señor Selby, para salvarse a sí mismo, no titubeó en acusar al coronel.

—No cabe duda — dijo — que Fairfax se llevó el dinero esa vez y otras, sin cuidarse de reponerlo. El vale que encontré en su pupitre así lo demuestra.

— ¡Esto es un verdadero delito! ¡Un abuso de confianza!

El señor Selby disimuló bien.

—Yo les ruego a ustedes que este asunto no salga de aquí... Fairfax no es malo... Tiene muchos gastos... la mujer enferma...

—Usted cumple un deber defendiendo al amigo; pero nosotros cumplimos un deber entregando a los tribunales al que abusó de nuestra confianza.

—Lo comprendo... lo comprendo... y estoy apenadísimo...

—También lo comprendemos, señor Selby...

En tanto, en las afueras de la población, en la propiedad de los Fairfax, bella mansión heredada de sus padres por la esposa del coronel, se hallaban, ajenos a la maldad de Selby, los tres seres que formaban el dulce hogar.

Irene tocaba el piano, transmitiendo a las teclas la felicidad de su alma.

Marta, la esposa del coronel, adorable com-

pañera que soportaba con paciencia desde hacía varios años el peso de una enfermedad incurable, bordaba primorosamente, hundida en mullido sillón de alto dosel.

El coronel se le acercó y le prodigó amo-



—Fairfax no es malo...

rosos mimos, al ver los cuales Irene se levantó del piano y alejóse del salón sobre la punta de los pies, para no estorbar a los "tiernos" enamorados.

¡Cuán ajenos estaban todos a la tragedia que se cernía sobre ellos!

La noticia del desfalco se extendió rápidamente por la ciudad, como reguero de pólvora.

Los que tenían sus intereses en el Banco y se consideraban perjudicados por el desfalco, sentenciaron a muerte al supuesto culpable.

—¡Fairfax es un ladrón! ¡Vamos a hacerle pagar su delito! — gritó uno de los cuentacorrentistas del Banco, irguiéndose en dictador de los amotinados...

Y su voz fué la voz de todos, quienes, en ruidosa manifestación, se encaminaron a la casa del infeliz coronel.

Los inspectores del Banco llegaron antes que los indignados plantadores a la morada del coronel.

Este les recibió en la pieza inmediata al salón, donde dormitaba su esposa, y pronto supo el motivo de la insospechada visita de los inspectores.

—Se le acusa de haber sustraído de la Caja importantes sumas... que debe usted reponer en seguida.

El coronel, sin alterarse, con la conciencia muy limpia, repuso:

—Se equivocan ustedes... La única suma que yo tomé de la Caja fueron cinco mil dólares que Selby habrá repuesto ya.

—Sin embargo, aquí hay un vale de setenta y cinco mil dólares que usted llenó en el primer momento, pero que luego ocultó en su pupitre.

—Este talón no lo reconozco como mío. Se trata de...

—Está usted detenido, coronel.

—¡Pero ustedes se atreven a llamar ladrón al coronel Fairfax!

No le valieron protestas. El que le había detenido era un agente de la policía secreta.

Marta despertó al rumor de la conversación, y como hasta ella llegaran las palabras de su marido, levantóse penosamente del sillón y tambaleándose acercóse a la pieza inmediata. Sus fuerzas flaquearon y tuvo que sostenerse, para no caer, en los cortinajes que separaban ambas habitaciones.

¡Su esposo, el más noble entre todos los hombres, detenido por ladrón! ¡Qué horror!

La emoción la venció al ver una de las muñecas del coronel rodeaba de infamante esposa, y cayó pesadamente al suelo.

Fairfax pugnó por desasirse del agente de policía; pero comprendiendo que la violencia

era peor en tales casos, suplicó, creyendo morir de vergüenza:

—¿Me permite usted...?

El policía consultó con la mirada al inspector del Banco y a una señal de éste permitió al coronel que fuera a abrazarse a su esposa.

Marta no daba señales de vida, y el coronel, al tenerla entre sus brazos, la miraba con aire estúpido, como si repentinamente hubiese huído de él todo vestigio de razón.

En aquellos momentos Irene y Tomás, dirigiéndose en *auto*, de regreso de un paseo, a la mansión del coronel, hablaban de la apuesta que hicieran con motivo de la carrera de caballos.

—¿No cree usted que ya va siendo hora de que me pague usted la apuesta? — le decía Tomás a Irene.

—Tiene usted razón... lo prometido es deuda... Bien... Voy a cerrar los ojos y béseme... pero no se entretenga...

Tomás no se hizo repetir la indicación, pero en lugar de besarla en la mejilla que ella le ofreciera, lo hizo en sus labios, con pasión, y la digna joven se enojó.

Tomás le dijo, suplicante:

—Perdóneme, Irene... Es que la amo... Es que estoy loco por usted...

Los amotinados plantadores se iban acercando.

Irene y Tomás les vieron llegar, un mo-



*...tuvo que sostenerse, para no caer...*

mento que detuvieron el *auto*, y al tener conocimiento de las intenciones que los animaban, apresuráronse a alcanzar la residencia del

coronel, para informarle del peligro que corría.

Pero no era necesario su aviso, pues el inspector del Banco y el policía, enterados asimismo de lo que se proponían los exaltados clientes del Banco, tomaron la resolución de llevar en seguida a la ciudad al coronel.

Cuando se lo iban a llevar, llegó Irene:

—¿Qué ocurre, padre? — le dijo, abrazándose a él agitada por intenso temblor.

—No sé nada, Irene... me acusan... Pero no te cuides de mí y atiende a tu madre — le contestó el pobre hombre, como un autómeta.

Y mientras Irene se arrojaba a los pies de su madre, que yacía en un diván, la policía se llevó al coronel a la cárcel.

Irene llamaba a su madre, para retornarla, creyendo que se había desmayado... pero de pronto vió con inenarrable terror que estaba muerta.

¡El choque había sido demasiado violento para su cansado corazón!

La enardecida multitud penetró en la casa, dispuesta a sacar de ella al coronel, para tomarse la justicia por su mano; pero al ver a la difunta retrocedió respetuosamente, respetando a la muerte.

Llegó el otoño... El coronel seguía preso, y fué necesario subastar sus bienes para pagar los supuestos desfalcos del Banco.

Todo fué enajenado, excepto la casa que, afortunadamente, era propiedad de Irene, por ser de su madre; y también "Lady Luck", por la que nadie se interesó teniendo en cuenta que era un animal inútil para las carreras.

Irene se sintió menos sola al quedarse con la dócil yegua, y dijo al antiguo "jockey" de la casa:

—Nadie ha querido comprar a "Lady Luck"... Si pudiésemos obtener un hijo de ella, sería el mejor caballo del mundo.

—Yo me ocuparé de eso, señorita Irene... Conozco a todos los cuidadores de caballos y no me será difícil realizar su deseo...

Tomás Selby y Leticia, su madrastra, pre-

\*\*

senciaron la subasta de los bienes del coronel. Tomás saludó a Irene, que no correspondió al saludo, y Leticia, enojada... y celosa, le dijo:

—¿Por qué saludas a esa mujer?... ¡La hija de un presidiario!

Tomás desoyó a Leticia, fué a reunirse a Irene, y así le habló, sinceramente:

—¿No le parece que sería mejor para usted cambiar de pensamiento respecto a mí, Irene? Toda esa gente que ahora tiene a menos saludarla, lo olvidaría todo en cuanto yo la presentase a usted como mi esposa.

Irene respondióle con profundo desdén:

—¡Nunca seré la esposa de un Selby! ¡Prefiero aguantar toda la vida el desprecio de la ciudad!

—Piense usted que le ofrezco un nombre limpio...

—El nombre de Fairfax es más limpio que el más limpio... ¡La calumnia no mancha!

Y Tomás hubo de retirarse humillado...

... ..  
Un juez había condenado al inocente a presidio; un médico había condenado a muerte al culpable.

Martín Selby agonizaba. Leticia se hallaba a su lado esperando... y deseándolo... el momento de su muerte.

Martín, queriendo rehabilitarse a las puertas de la muerte, dijo a su esposa:

—El coronel Fairfax es inocente... Yo cometí esos desfalcos... por ti.

¿Qué decía aquel hombre? Leticia le miró con odio.

—No puedo confiar a Tomás la restitución del dinero... Tú lo devolverás al Banco.

Y le dió un documento que decía así:

*Yo me confieso autor de los desfalcos por los cuales fué condenado el coronel Fairfax. Yo robé el dinero y falsifiqué su vale.*

*Martin Selby.*

Leticia, egoísta y mala, protestó contra tal empeño:

—¡Y ahora me dejas a mí arruinada! ¿Por qué he de pagar yo las consecuencias de tus delitos?

El moribundo imploró, asiéndose a la esperanza de rehabilitarse con su condena:

—¡Júrame que lo harás, Leticia... júramelo!

Y una de sus manos se crispó en la que Leticia apretaba el documento comprometedor.

—¡Déjame! ¡Suéltame! ¡Me haces daño!

Pero Martin no cedió... y la muerte vino a él en tal actitud, costándole gran trabajo a Leticia separar la mano del muerto de la suya.

¿Qué haría con el documento?

¿Romperlo?

¡No!

\* \* \*

Pacientemente, valientemente, el coronel Fairfax había cumplido su condena, y sonó al fin para él la hora de la libertad.

Mientras se vestía las ropas que llevaba puestas el día que lo encerraron, en otras celdas mataban el tiempo algunos compañeros de reclusión.

Uno de ellos era Pancho Kelly, para quien las celdas carcelarias eran las habitaciones de su casa.

Otro, su compinche Arturo Conley, maestro en el arte de abrir con suavidad cajas de caudales.

Se divertían tirando de la oreja a Jorge. Jugaban al pocker.

Sus apuestas, cigarrillos nuevecitos... y colillas.



—*El coronel Fairfax es inocente.*

Su modo de jugar, sucio. El uno engañaba al otro.

La última jugada que hicieron fué muy disputada.

Los dos echaron mano de cartas falsas... y cuando Arturo creía ganar por reopcker de reyes, Pancho lo dejó patietoso mostrándole cinco ases y el comodín. ¡El caos! ¡Tenía tanta suerte que en la baraja había cinco ases en vez de cuatro!

El tercer presidiario con quien había tenido tratos el coronel era Marlanty, "un homme à femmes", cuya característica era despojar a las señoras de sus coquetones monederos... y enamorarlas.

En las oficinas prestaba servicios de secretario el recluso Gustavo Anderson, cuya prisión no obedecía a delitos que deshonran, sino a haber cometido un atropello con su automóvil, cuando pertenecía a un mundo que no quería volver a frecuentar.

Al disponerse a marcharse, dijo el coronel al carcelero:

—Me gustaría despedirme de mis buenos compañeros.

En el despacho del alcaide se hallaba Irene, esperando a su padre, con la emoción y la alegría que son de suponer.

El alcaide dijo a Irene:

—Debo advertirle algo referente a su padre de usted...

—¿Qué, señor?

—¡Oh! No es nada grave... Solamente que

su carácter parece haberse hecho aquí un poco infantil... que su inteligencia se ha nublado algo...

El coronel se despedía de los compañeros de encierro más tratados y que eran los ya mentados.

—Adiós, señores. Celebro mucho haberles conocido. Cuando salgan de aquí, no dejen de visitarme... Mi casa es de ustedes.

—Muchas gracias — respondió Pancho, apoderándose de un billete que le halló en un bolsillo.

—No dejaremos de hacerlo — dijo a su vez Arturo, birlando a Pancho el billete robado al coronel.

Y Marlanty:

—Su amable invitación no ha caído en saco roto, coronel. Iremos a verle.

Y, tan listo, como sus compañeros, quitóle a Arturo el mentado billete, justificando el dicho que “entre ladrones anda el juego”.

Al llegar al despacho, donde se desarrolló una sentimental escena entre padre e hija, el coronel sorprendió a Gustavo examinando un álbum de carreras de caballos, y, alegre como un chiquillo, le dijo:

—Veo que le interesan a usted los caballos. Gustavo replicó, con melancolía:

—Yo acostumbraba entrenar los caballos de mi padre en mi casa.

Irene contemplaba con agrado a Gustavo, pareciéndole un excelente muchacho, en tanto que el coronel añadía al mismo:

—Será para mí una satisfacción que vea usted mis caballos... Quizás usted podrá cuidarse de ellos.

Gustavo se puso repentinamente alegre.

—Pronto he de salir de aquí, coronel, y me alegraría mucho... Tendría ahí un medio de rehacer mi vida.

—Pues le esperaré con impaciencia.

\* \* \*

Poco después, las Cuadras Fairfax tuvieron un nuevo entrenador.

“Boy”, la esperanza de la casa, del que “Lady Luck” era madre, respondía a los esfuerzos que hacía Gustavo para convertirlo en un excelente caballo de carreras. Y no era aventurado

confiar en que en día no lejano llegaría el triunfo de los desvelos del inteligente entrenador.

Los tres amigos del coronel Fairfax cumplieron su palabra al recobrar la libertad y se instalaron en la espléndida mansión.

Gustavo veía con malos ojos a aquellos hombres junto al coronel y no pudo menos de decirse a Irene, cierto día, en la cuadra, al dejar a "Boy":

—Siento que esos tres individuos hayan sido admitidos en esta casa.

Ella, un tanto altiva, respondióle:

—Veo que usted se coloca muy por encima de ellos.

Respetuosamente, Gustavo continuó:

—No le hablo de mí, sino de su padre. Estuvo en la cárcel, es cierto... pero no puede ni debe rozarse con los delincuentes de profesión.

—Hágame usted el honor de comprender que si tolero eso es sólo por evitarle a él un disgusto.

—Es usted un ángel, señorita...

Irene hizo ademán de alejarse, pero tuvo que retroceder, pues "involuntariamente" Gustavo había atado una correa al cinturón de ella.

—¡Qué coincidencia! — exclamó, pidiendo perdón.

Y ella perdonó... y sonrió.



Se aproximaba la temporada de las carreras, y "Boy" ganaba cada día en velocidad y valor. Gustavo había hecho maravillas con él. "Boy" era más rápido aún que Lady Luck".

Cierta día, yendo Irene de paseo con Gustavo, se cruzó con Tomás y éste la detuvo y le dijo:

—Irene, no sé si sabe usted que en la ciudad se empieza a hablar de las malas compañías de su padre.

—Los que hablan ahora son sin duda los mismos que un día invadieron nuestra casa... ¡Los desprecio! — contestó dignamente la joven.

—Yo, en su caso, tendría cuidado... Está usted a merced de esos bribones.

Gustavo le miró con furor, y Tomás, que le odiaba, le dijo con dureza:

—¡Apártese, presidiario!

Conteniéndose por un gran esfuerzo de su voluntad, Gustavo contestó así al villano:

—Es cierto que soy un presidiario... ¡pero usted no tiene derecho a decírmelo!

—¡Apártese!... ¡No quiero conversaciones con gente de su calaña!



—¡Qué coincidencia!

Y cuando Tomás se alejó, Irene dijo cariñosamente a Gustavo:

—Siento de veras lo que le ha dicho ese hombre... Yo sé que es usted un caballero.

—Gracias, señorita...

... ..  
 La confesión de su marido era un peligro para la paz y la fortuna de Leticia Selby, pero algo más fuerte que ella le impedía destruir el documento.

Tomás, de regreso de su paseo a caballo, sorprendió a su madrastra releyendo el documento por el que su padre se declaraba culpable de lo achacado al coronel; y arrebatándoselo, vió en él, de momento, sin inmutarse demasiado por aquella revelación, un medio de obtener dinero.

—Este secreto vale una buena suma, Leticia... y yo ando mal de fondos. Extiéndeme un taloncito de los tuyos...

—¿Cuánto quieres?

—La mitad de lo que haya en cuenta corriente...

—Dame, antes, el documento...

—Dame tú el talón...

—Los dos a un tiempo...

—Bien... Ahí va... ¡En paz!

\* \* \*

Los tres presidiarios, a los que Gustavo hubiese negado la entrada en la mansión del coro-

nel, parecían dispuestos a regenerarse. Su conducta era cada día mejor y acaso se lograría persuadirles de que debían cambiar de vida.

Las carreras de caballos de inauguración de la temporada iban a celebrarse al día siguiente.

La víspera, por la tarde, Tomás encontró a Irene en el campo y, deseándola ardientemente, cometió una insensatez.

—He encontrado una confesión manuscrita que limpia el nombre de su padre de usted... y he creído que podría interesarle.

—¿Es de veras eso, Tomás?... ¿Dónde está? ¡Quiero verla en seguida!

—La verá usted... pero a condición de que me dé su palabra de ser mi esposa.

—¡Oh!

—Si rehusa usted, quemaré ese documento.

—Para creerle a usted, necesitaría ver esa confesión...

—Bien... Ya la verá...

Gustavo había sorprendido la anterior conversación; y saliéndole al paso, dijo a Tomás:

—He oído lo que ustedes hablaban... ¡Entrégueme ese documento!

—¡Nunca!... ¡Y no tomará usted parte en las carreras... presidiario!

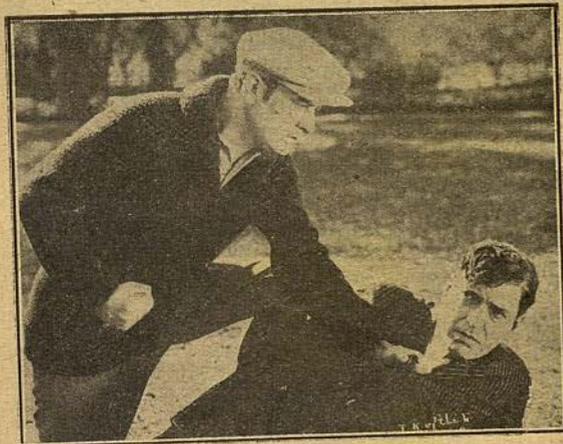
Gustavo no pudo contenerse más. Descargó formidables puñetazos en el rostro de Tomás

y lo derribó en tierra, diciéndole cuando lo tenía a su merced:

—¡Dame ese documento!

Atemorizado, Tomás repuso:

—No lo tengo aquí... Está en la caja del secreter del salón.



—¡Dame ese documento!

Convenía obrar de prisa. Pancho y Arturo iban a ser útiles al coronel extrayendo de la caja aquella el documento que rehabilitaría al noble ex militar; y ni que decir tiene que los

dos amigos se prestaron a ello de mil amores, consiguiéndolo, no sin esfuerzo.

Y gracias al documento que rehabilitaba al coronel, pudo éste hacer tomar parte a "Boy" en las carreras, montado por el propio Gustavo, pues en la fiesta de inauguración los "jockeys" eran reemplazados por los dueños de los caballos o amistades de aquéllos.

Tomás confiaba vencer a Gustavo; pero "Boy" se portó como un héroe y fué para él, digno sucesor de "Lady Luck", el más preciado galardón.

Volvieron los buenos tiempos para los Fairfax.

Y Gustavo se atrevió un día a decirle algo muy serio a Irene... y ésta no se negó a escucharle.

FIN

Hoy se pone a la venta  
la sensacional novela

# ANA KARENINA

basada en la obra del  
CONDE LEON TOLSTOI

en las selectas

EDICIONES ESPECIALES  
de

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

Intérpretes de la película:

GRETA GARBO

y

JOHN GILBERT

EXCLUSIVA  
DE VENTA

Sociedad General  
Española de Librería

Barbará, 16

BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1

MADRID